



CRONICAS DE ESPAÑA.

INFANCIA DE UN CELEBRE PALADIN.

Por el mes de abril del año 1630, en un castillo feudal situado en lo interior de la Navarra, conociendo un noble y anciano caballero que caminaba rápidamente hácia el sepulcro, reunió á sus cuatro hijos en torno de su magnífico lecho, adornado con un soberbio dosel de sarga verde, y en presencia de su madre les preguntó qué carrera pensaban seguir. El mayor declaró que quería permanecer al lado de sus padres mientras Dios se los conservase, y que despues su deseo era vivir en paz con el producto de sus bienes.

«Yo, dijo con calor el segundon, no dejaré extinguirse la raza ilustre de los Lacerda, á que pertenezco de padres á hijos, y así

desde hoy mi carrera es la de la caballería, en la que siempre se han distinguido nuestros ascendientes.

—Dios te proteja, hijo mío! respondió el anciano, llorando de alegría. Aunque no llegas á los trece años, ya tienes la estatura y el aire de tu abuelo, que en su tiempo fué uno de los caballeros mas cumplidos; y tu resolución colma de ventura mis últimos días, porque el corazón me dice que llenarás de gloria á tu familia. Vé, pues, desde este mismo momento á alguna noble casa de un príncipe, donde aprendas el manejo de las armas para poder guerrear.»

Alvar Dávalos, que así se llamaba el anciano, despachó un enviado cerca del obispo de Pamplona, su cuñado, suplicándole fuese á su castillo, y el prelado, que amaba con extremo á su familia, se trasladó á la morada feudal, donde encontró á muchos caballeros, parientes ó amigos, á quienes el padre invitara con igual designio. Enrique Dávalos de la Cerda, el niño en cuestión, sirvió en la mesa á sus parientes con tanta modestia y gracia, que fué acariciado por toda la reunión.

Acabada la comida, levantóse el señor de Dávalos, y con tono de dignidad, aunque las lágrimas bañaban sus ojos, dijo:

«Os he invitado, hermanos y amigos, á que me honreis con vuestra compañía para consultaros sobre la suerte de uno de mis hijos antes que Dios disponga de mí, lo que no tardará mucho si se toma en cuenta mi edad y mis achaques. Enrique, mi segundo hijo, me ha causado extraordinaria alegría declarándome su afición á las armas, y como se parece mucho á mi padre, que fué un honrado y valiente paladin, os ruego me aconsejéis en qué casa de príncipe ó de señor debo colocarle, á fin de que tome buenas y provechosas lecciones.»

Todos dieron su dictámen, opinando unos porque lo pusiesen de paje en casa del rey, y otros en la casa del conde-duque de Olivares. Pero el obispo de Pamplona habló de las relaciones que le unían al marqués de Mortara, célebre capitán, y se encargó de presentar él mismo su sobrino al marqués, que se hallaba á la sazón en Jaca.

Luego que obtuvo el permiso de su cuñado, el obispo envió á Pamplona por vestidos de diferentes telas para el niño, con orden de que todo estuviese dispuesto para partir al otro día, lo que fué ejecutado con presteza.

A la mañana siguiente, Enrique, lujosamente vestido y montado en un caballito blanco proporcionado á su estatura, se presentó á los caballeros, ufano con su nuevo equipaje. El alazán, acostumbrado á carga mas pesada, cuando sintió la espuela, dió tres ó cuatro saltos que alarmaron á la reunión; pero el mancebo, sin asustarse, se afirmó en la silla, metió espuelas al caballo, y corrió un buen espacio, dando la vuelta despues á medio

galope á donde se hallaban los paladines, admirados de que tan jóven y delicado hubiese podido sujetar el caballo con tanta destreza como el ginete mas esperto.

Despues Enrique saludó á la reunion, y abrazando á su padre le deseó muchos años mas y prosperidades. El anciano le dió su bendicion, recomendándole mas que todo que no olvidase que el rey de Castilla era su señor natural y España su patria, y que se haria aborrecible á los ojos de Dios y de los hombres si, cualquiera que fuese el puesto que llegase á ocupar, tomase armas contra su patria ó su rey.

Enrique salió del castillo paterno con una bolsa llena de dinero que le dió su madre, y tomó con su tio el camino de Jaca, á donde llegó á los tres dias. Al siguiente era domingo: el obispo se dirigió á la casa do se hallaba alojado el marqués de Mortara, quien le recibió con demostraciones de la mas tierna amistad, y despues de ir juntos á la iglesia, al salir dió la mano el marqués al prelado, convidándole á comer. Este aceptó, y durante la comida sirvió Enrique á su tio con tal gracia, que el marqués observaba con curiosidad sus mas mínimos movimientos.

«¿Quién es este caballerito que os sirve con tanta finura? preguntó el de Mortara.

—Mi sobrino, que he traído para presentároslo, si sus servicios os pueden ser gratos.

—Mucho que sí! repuso el marqués; y sería muy melindroso si no recibiese de vuestra mano un presente de tanto valor.»

Alegre el doncel con lo que acababa de oir, salió de la sala luego que se concluyó la comida, se armó de punta en blanco, y mandando ensillar su caballo, montó en él con suma lijereza. Trasladóse despues con paso lento hácia el alojamiento del marqués, y penetró en el patio de honor, á uno de cuyos balcones asomóse Mortara para ver al mancebo, quien hizo varias veces que el caballo se encabritára, dando saltos de carnero, y cara-coleando á las mil maravillas.

—«Señor obispo, dijo de nuevo el marqués, si no me engaño ese es vuestro paje, y pardiez! que monta á caballo como un escudero de profesion.

—En efecto, señor marqués, respondió el prelado, es ese mi sobrino: desciende de muy buena casa, y su familia ha producido valerosos caballeros y nobles paladines: su padre, viejo soldado, lleno de años y acribillado de heridas, no ha podido tener el honor de presentároslo, dándome á mí por tanto esta honrosa comision.

—Desde ahora le tomo á mi servicio, repuso Mortara: tanto mas estimo el presente, cuanto que vos me lo haceis, y ruego á Dios que el niño siga las huellas de sus abuelos, cuyo nombre conozco, así como su extraordinario valor.»

:

Y llamando al escudero en quien tenia mas confianza, le encargó cuidase de Enrique, tratándolo como á un niño que le habia hecho concebir grandes esperanzas.

Seis meses despues de lo que acabamos de relatar, el marqués de Mortara partió para Castilla, hallándose Enrique en el número de sus pajes. Felipe IV, que residía en un sitio real divirtiéndose en dar á las nobles castellanas torneos y carreras de caballos, recibió al marqués de Mortara como á ilustre capitán y poderoso vasallo, invitándole á sentarse en su mesa.

Durante la comida, rodó la conversacion sobre la caza, los caballos y los perros, hablándose tambien de torneos y de guerra. A este propósito el marqués dijo al rey pensaba regalarle un hermoso paje de catorce años, que era el caballero mas atrevido que habia visto, añadiendo que si S. M. queria lo veria á la hora de ir á visperas.

El rey consintió en ello, y en cuanto Enrique supo esta conversacion, corrió en busca del escudero á quien lo habia confiado el marqués, diciendole con alegría:

—Amigo mio, ensillad mi caballo, que el rey quiere verme.

—Deseo, contestó el escudero, que tengas la dicha de agradar al rey; pero aunque me alegro de tu adelantamiento, no por eso dejo de lamentar nuestra separacion.

—Dios me conceda la gracia, replicó Enrique, de practicar siempre las lecciones de virtud que me habeis dado! y si algun día puedo seros útil, por San Ubaldo que no perderé la ocasion.»

En seguida montaron á caballo el escudero y Enrique, cuyo alazan iba tan bien enjaezado como si hubiese sido el del mismo rey, y se encaminaron á unos prados contiguos á una ermita. El rey llegó á poco con su corte, echó pié á tierra, y dijo á Enrique:

«Paje, mete espuelas al caballo.»

Lo cual hizo el mancebo al instante con la gracia de un hombre que hubiera tenido treinta años de ejercicio, y al fin de la carrera le obligó á dar tres ó cuatro saltos, volvió hácia el rey á rienda suelta, y se paró delante de él con admirable destreza. El rey quedó sorprendido, y queriendo presenciar de nuevo aquel espectáculo, le gritó:

«Pica, paje, pica!» palabras que repitieron los demás pajes. Concluida aquella segunda carrera, el rey dijo al marqués de Mortara:

—Primo, ciertamente que es guapo tu paje, y ya no espero á que me lo des, sino que te pido el paje y el caballo.

—Señor, respondió el marqués, perteneciéndoos el amo, tambien debe perteneceros el paje: deseo, pues, que algun día preste á V. M. buenos servicios.

—Es imposible, repuso el rey, que un paje tan apuesto y

gentil no sea hombre de provecho.... Conde de Oñate, añadió, dirigiéndose á uno de los señores mas principales de su comitiva, te entrego ese doncel con encargo de que su caballo le pertenezca exclusivamente, y que lo mantengas lo mismo que á los tuyos.»

Desde aquel día empezó Enrique á distinguirse, peleando primero contra los franceses que querían invadir la Navarra, y pasando despues á los Países Bajos, donde á la cabeza de uno de aquellos tercios que tanta gloria alcanzaron, hizo prodigios de valor contra los mismos franceses y sus aliados. A los diez y siete años habia vencido á muchos famosos caballeros de aquella época; á los diez y ocho se le tenia por el primer juez del honor y la bravura, y los mas valerosos caballeros apelaban á sus conocimientos militares y á su lealtad para que dirimiese sus disputas; á los diez y nueve ya habia visto huir ante su formidable espada á los enemigos de Castilla, dando pruebas de clemencia y magnanimidad; á los veinte significaba su nombre honor, probidad, valor, desinterés y galantería.

Enrique Dávalos de la Cerda, que tanto brilló en las guerras del siglo XIV, estimado de sus amigos, y respetado por los enemigos de su patria, hubiera podido amontonar inmensas riquezas, fruto de sus muchas victorias; sin embargo murió pobre con la cara vuelta al enemigo, al cual su noble rostro, aunque inanimado, causaba aun terror, como si aquella boca fuese á lanzar palabras de esterminio y guerra.

T.



TERNURA Y VALOR.

HISTORIA DEDICADA A LAS MADRES.

I.

Los combates del amor materno y del amor filial son tan interesantes y tan puros, que esparcen en el relato mas simple un encanto irresistible—el interés del corazón. Vamos á contaros una historia verdadera que tal vez hará verter lágrimas á algunos de nuestros buenos lectores.

Cristina de Sandoval tenía trece años, y esta edad de placeres, de juegos y diversiones corria para la pobre niña en medio del dolor y la tristeza. Era querida de sus parientes, rica y llena de gracias, uniendo á una sólida instruccion los tesoros de un entendimiento natural y el caracter de un angel; pero entre tantos favores de la providencia solo faltaba uno solo, el que vivifica, el que todo lo embellece, aquel sin el cual todo se marchita y descolora.

Hacia tres años que una enfermedad cruel, un pólipio en la garganta atormentaba á la infeliz, sin que sus agudos sufrimientos la dejaran descansar de día ni de noche. Para ella no habia juegos, ni amables conversaciones con sus amiguitas, ni paseos, y la fué preciso renunciar á sus estudios, suspender las dulces ocupaciones que tanto la gustaban.

Su madre, su pobre madre, al contemplar el precioso objeto de su amor, el fruto de sus entrañas, la única esperanza de su vejez, postrada en una cama, consumiéndose lentamente, derramaba lágrimas de profundo dolor, y mas de una vez habia dicho:

«La seguiré al sepulcro.»

Porque cuando el lirio vé que le arrancan sus capullos, se inclina sobre el tallo, y muere.

La señora de Sandoval cuidaba á su hija con el mayor esmero, y multiplicándose prodigiosamente, á todo atendia, velando al pie del lecho á todas horas del día y en las larguísimas de la noche. Sucedia algunas veces que la asaltaban pensamientos crueles; pero Cristina la consolaba, volviéndola la enerjía con estas ó semejantes palabras:

«Confiemos en Dios.»

Entonces la abrazaba su madre llorando, y esto la aliviaba un poco.

Apenas empezó el mal, trabajó un buen cirujano en restablecer la salud de la paciente; pero su ciencia nada pudo contra los

progresos del mal, y el tumor, débil y ligero al principio, creció rápidamente, declarándose la calentura, y tomando la enfermedad un carácter alarmante. Todavía quedaba una puerta de salvación, una operación quirúrgica, como mas de una vez habia dicho el doctor Drumen; pero esta operación de que pendia la cura de Cristina, podia darla la vida, ó atraerla mas pronto la muerte!

En vano la paciente reclamaba con ardor la operación propuesta por Drumen, en vano el hábil facultativo, amigo de la familia, se esforzaba en querer persuadir á la cariñosa madre los buenos resultados del remedio; la señora de Sandoval temblaba por la vida de su hija, y no podia resolverse á entregarla en manos del cirujano, aunque sabia que al fin tendria que hacerlo.

Colocada de este modo entre la necesidad y el temor, apenas tomaba un partido lo renunciaba al momento, y varias veces, despues de haber sido llamado Drumen, con un pretexto ingenioso aplazaba la madre para otro dia la terrible operación. Cansado por último el doctor, dijo una tarde con enfado á la señora de Sandoval:

«Con ese cariño se ha propuesto V. matar á su hija.»

Sin que volviese á presentarse en la casa; porque el facultativo distinguido de quien hablamos no queria ó no podia comprender la lucha de un corazon materno; porque acostumbrado como todos sus compañeros á ver heridos, hospitales y moribundos, habia perdido, ni mas ni menos que todos los médico-cirujanos, esa delicadeza de sentimientos y de sensacion, origen de los mas acerbos dolores, al propio tiempo que de los gozes mas puros y suaves.

II.

Dos meses habian corrido desde que el célebre cirujano dirigió á la señora de Sandoval sus severas palabras, y el mal habia ido creciendo de dia en dia. Cristina estaba desconocida: sus hermosas mejillas tan blancas, tan sonrosadas en otro tiempo, habian perdido el rastro de su pristina frescura y de su rica encarnacion. Un color lívido enlutaba su enflaquecido rostro, minado por una calentura continua, y si sus ojos mustios y apagados, despedian á veces vívidas miradas, aquel brillo desaparecia como un relámpago. Por lo demás, el polipo habia hecho tales estragos, que apenas podia hablar la pobre niña, y tenian que darla los líquidos por medio de un instrumento que los destilaba casi gota á gota en una garganta abrasada y corroida, á lo que se añadia una debilidad que se aumentaba de hora en hora, y que no permitia á la enferma incorporarse siquiera.

Todo anunciaba una catástrofe inevitable, y la angustiada señora, sin fuerzas, medio muerta de sentimiento, se tiró en un

sofá del gabinete, sufriendo una especie de agonía que solo puede comprender el corazón de una madre. Al fin, quince días de incesantes vigiliass pudieron mas que su voluntad, la materia triunfó del espíritu, y se durmió profundamente como si hubiese caído en un letargo.

Eran las doce de la noche, y una criada velaba al pié del lecho de la enferma, sin que interrumpiese el silencio del aposento, débilmente alumbrado por un quinqué, el menor ruido: de pronto Cristina clava los ojos en María, y pregunta por su mamá; la criada responde que estaba durmiendo, y una idea sublime asalta la imaginación de aquel ángel, separado un corto espacio de la eternidad!

« María, dice, mi querida María, ayúdame á recostarme contra la almohada, y dame tintero y papel. »

La criada, sorprendida de tan extraño capricho, quiso hacer algunas observaciones; pero obedeció al ver el ademán suplicante de la niña. Mandó esta después que llamase á Lorenzo, y mientras no venia, garabateó con sumo trabajo la siguiente escuela dirigida á Drumen:

« Señor Doctor.

Mi madre está dormida, y como al fin es necesario que me haga V. la operación, convendría que nos aprovecháramos de su sueño. Venga V. pues, y mi gratitud será eterna.

De V. segura servidora

CRISTINA DE SANDOVAL.»

Cerraba la niña esta escuela cuando entró Lorenzo, antiguo soldado lleno de cicatrices, que había servido á las órdenes del coronel Sandoval, muerto del cólera.

« Mi buen Lorenzo, le dijo Cristina, tengo que pedirte un favor.

— Qué quiere V., señorita?

— Toma esta escuela para el doctor Drumen, y llévasela al momento de mi parte. »

Comprendiendo Lorenzo el objeto del mensaje, se enjugó una lágrima, y salió con la mayor precaución, volviendo al cabo de una hora con el cirujano y uno de sus practicantes. Cristina saludó al doctor afectuosamente, y este preparó los instrumentos necesarios, comenzando al instante la dolorosa operación con su prontitud y su destreza habituales.

El momento era solemne; se trataba de muerte ó de vida, y se hubiera oído volar un insecto. María lloraba, y el valiente soldado que había arrostrado la muerte en cien batallas, también lloraba al ver la imposibilidad de la niña. Al fin, al cabo de algunos segundos exclamó el hábil cirujano:

« ¡La salvé! »

Todo se había terminado, sin que la niña hubiese exhalado un grito, ni el mas pequeño suspiro por no despertar á su mamá! El mismo Drumen no pudo contener su admiracion, y se retiró no sin decir que jamás había visto semejante valor.

Encargada María en contar á su señora con precaucion lo que había sucedido, lo hizo con la mayor prudencia, no siendo posible en manera alguna pintar lo que entonces pasó entre la madre y la hija. La convalecencia de esta fué larga; pero poco á poco recobró la niña sus perdidas fuerzas, y con ellas volvieron los hermosos colores, la vivacidad de sus miradas, y la bulliciosa alegría. Pronto pudo levantarse, andar por la alcoba y por la casa, hasta emprender de nuevo sus anteriores ocupaciones.

III.

Tres meses despues, una señora de edad ya madura, y una jóven de trece á catorce años se arrodillaban delante de la Virgen en una capilla de S. Luis. Eran la señora de Sandoval y su niña, que oraban con fervor, dando gracias á la consoladora de los corazones lacerados.

LA HIJA DE MILTON.

Milton, el sublime poeta inglés autor del *Paraiso Perdido*, poema que leereis algun dia con gusto, ya viejo y ciego, se veía reducido á la mayor indigencia; pero en medio de sus infortunios le quedaban su esposa, todavía jóven, y tres hijas hermosas como serafines que con sus cuidados y sus caricias hacian olvidar sus desgracias al ilustre poeta. Jenny, que era la mayor, proveía á las necesidades de la casa, y á fuerza de trabajo y actividad, no carecian sus padres de algunas comodidades.

Jenny tocaba divinamente el clavicordio, talento muy raro en una época en que la música había hecho pocos progresos en Inglaterra. Ademas, se hallaba dotada de cuantas ventajas pueden dar mérito á una jóven: quince años, mucha gracia, lindo rostro, carácter excelente, notable inteligencia, tales eran las dotes de la hija de Milton, á quien sus preciosas cualidades y su extraordinaria habilidad como tocadora de clavicordio habían conciliado el interés de algunos miembros eminentes de la aristocracia inglesa.

Dos ó tres familias de las mas ilustres de Lóndres la habían confiado la educacion musical de sus hijas, entre las cuales se

contaba la del duque de Rochester. Heredero este señor de uno de los nombres mas bellos y una de las mejores fortunas de la Gran-Bretaña, parecía que su proteccion debía ofrecer muchas ventajas á Jenny; pero con todo, la mezquina retribucion que le daba el duque, no pasaba de dos guineas al mes.

Por dos guineas ser esclava todos los dias durante muchas horas de las exigencias de dos niñas muy caprichosas, muy vanas y muy arrogantes; condenarse á empezar veinte veces el mismo fragmento, á repetir cien veces las mismas observaciones, sin poder obtener algunos minutos de silencio y atencion de sus petulantes discípulas! Sin duda convendreis en que es una existencia muy poco digna de envidia.

Sin embargo, Jenny soportaba sin murmurar su triste posicion, porque la daba paciencia y conformidad el recuerdo de que su mezquina retribucion servia para mantener á su padre ciego y enfermo, y á dos niñas mas jóvenes que ella, adorados seres por los cuales hubiera hecho sacrificios mucho mas penosos.

Iba, pues, todos los meses á recibir de manos del mayordomo del duque de Rochester su corto salario, y lo llevaba á su familia alegre y satisfecha.

Un dia el mayordomo ya viejo, y que algunas veces era muy distraído, puso tres guineas en la mano de la joven, en lugar de las dos que se la debian con arreglo al ajuste que se habia hecho.

Ya estaba Jenny en la calle cuando conoció semejante equivocacion. ¿Debia volver atrás, dar parte de aquel error al mayordomo del duque, y devolver lo que habia percibido indebidamente? La cuestion podia debatirse en pró y en contra.

«Por un duro mas ó menos, se decia la joven, el duque no será ni mas rico ni mas pobre, al paso que mi familia recibiría tanto bien con este pequeño aumento!»

Y pensaba con alegría en el placer que podia proporcionar á su padre y á sus hermanitas.

Pero bien pronto tomaron sus reflexiones un giro mas grave y sério: acordóse de los principios de honor y probidad en que habia sido educada, y se avergonzó de haber concebido el pensamiento de apropiarse lo que no la pertenecia.

En seguida, los sofismas con que antes procuró paliar una conducta poco delicada, se presentaron á su mente, y permaneció indecisa entre las sugerencias del amor filial y los escrúpulos de la conciencia. Larga y porfiada fué la lucha; pero al fin salió triunfante la conciencia.

Jenny tomó, pues, el camino del palacio del duque, y aunque saltándosele las lágrimas, puso en la mesa una guinea, diciendo al mayordomo:

«Se ha equivocado V. dándome tres guineas en vez de dos.» Hecho este gran sacrificio, la jóven se sintió descargada de un peso enorme; y volvió á su casa alegre como de costumbre.

Esta lealtad, esta delicadeza de una jóven de quince años que resiste á las sugerencias de la miseria y tal vez del hambre, que resiste á las inspiraciones mucho mas poderosas de la ternura filial, y solo escucha los escrúpulos de su conciencia; esta conducta revelan un corazon noble, y nos alegramos de hallar semejante rasgo en la familia de uno de los genios mas brillantes de la Inglaterra.

UN PREMIO DADO DE LIMOSNA.

I.

A fines de 1828 una honrada familia de provincia fué á establecerse en París, porque muerto un administrador de correos, su esposa y su hijo no encontraron otro recurso que solicitar una pension para sostenerse. Desgraciadamente no se realizaron los deseos de la viuda, y despues de haber empeñado ó vendido cuanto poseía, se encontró en agosto de 1829 sin un pedazo de pan que poder dar á su hijo.

Lloraba amargamente la pobre viuda, cuando José entró saltando y brincando; pero al verla en aquel estado se arrojó á su cuello, procurando calmar con sus caricias un pesar cuya causa ignoraba.

«¡No tenemos recurso alguno! dijo la desgraciada madre estrechando convulsivamente en su seno á José. Mira, añadió enseñándole el retrato de su padre; esto es lo único que nos queda, y me veo obligada á venderlo para darte pan esta noche!»

El niño no contestó, y desprendiéndose de los brazos de su madre, desapareció á pesar de sus gritos y sus lamentos, dirigiéndose á la calle de Luxemburgo.

II.

A la puerta del colegio de este nombre se veían varios carruages, conociéndose que debia celebrarse allí alguna ceremonia importante. En efecto, tratábase de la distribucion de premios al cabo de un año de trabajos, y los parientes de los colegiales habian acudido en tropel á presenciar aquel acto.

Al fin empezó á salir la gente, los coches se pusieron en

movimiento, y los pobres principiaban á implorar la pública conmiseracion, tendiendo sus brazos á los alegres estudiantes. Mas de una limosna habian ya recibido los infelices, cuando de repente se pusieron en movimiento, arrastrando á José que se hallaba entre ellos, y cercando una magnífica berlina. Un niño, escoltado por lacayos de riquísima librea, se hallaba de pié en el carruaje, y arrojaba á los pobres monedas de oro y plata que sacaba de un bolsillo. José era muy pequeño para alcanzar las liberalidades del niño, y se hallaba desesperado; pero cuánto no sería su dolor al ver que el dadivoso niño habia concluido la distribucion, sin que él pudiese llevar á su madre siquiera una moneda!

Ya el carruaje iba á partir, cuando José hizo un esfuerzo, y sin poder hablar se acercó al coche, dando á entender por señas que nada habia recibido, y que sin embargo lo necesitaba mas que nadie. El jóven premiado metió la mano en el bolsillo, pero le halló vacío; miró al chico, y al notar su desesperacion, cojió unos libros que llevaba en la berlina, y dijo dándolos á José:

«Toma esto, pues no tengo otra cosa.»

Y volviéndose á un anciano que le acompañaba le dijo sonriendo de gozo:

«Es un premio dado de limosna.»

José llevó á su madre los libros, y esta abrió uno, leyendo en una hoja de papel que estaba dentro:

PRIMER PREMIO DE HISTORIA,

concedido á

S. A. R. ENRIQUE EUGENIO FELIPE DE ORLEANS,

DUQUE DE AUMALE.

De este modo el bienhechor de José fué el hijo del rey de Francia que trocó despues la corona de encina que entonces conquistó por los laureles que ha recojido en Africa peleando contra los árabes.

La pobre viuda devolvió al príncipe los libros, accion que le valió una pension de 1,000 francos, y á José un bolsillo para estudiar en el colegio á cuya puerta recibió el extraño regalo.

LA FAMILIA DEL HOMBE MAS BONITO DEL UNIVERSO.

ANECDOTA COMICA.

El teniente coronel D. Santiago Medero, citado como el hombre mas bello de su tiempo, conservó su hermosura hasta edad muy avanzada, y por un raro efecto de casualidad, siempre iba acompañado de algunos parientes suyos que tenían la desgracia de no parecersele, pues si la naturaleza habia favorecido al teniente coronel, habia tratado á sus deudos como desapiadada madrastra á sus hijastros. La extraordinaria fealdad de aquella buena gente dió margen á la anécdota que vamos á contaros.

Era en 1825, y toda la familia de Medero se hallaba en Burdeos, á donde habia emigrado. Una noche el teniente D. Nicolás de Arias, aturdido y alegre, como lo son muchos jóvenes, entró en casa de la marquesa de Villars, que habia abierto sus salones á los emigrados de cualquiera nacion; pero sobre todo á los españoles.

Arias, que hasta entonces habia vivido en París, no conocia á muchos de los concurrentes á la tertulia, por lo cual se acercó á Medero con intencion de adquirir las noticias que deseaba. Saludóle, pues, cortesmente, y le dijo:

—«Quién es aquella horrible mujer que está sentada junto á la linda Antoñita Morejon?

—Es mi esposa, respondió Medero con rostro compungido.

—Oh! no, repuso el teniente, procurando ocultar su turbacion; yo conozco muy bien á su señora de V. (sin embargo, era aquella cuyo nombre habia preguntado), y tiene muy buena figura; hablaba de la que está á la izquierda de Antoñita, y parece un vestiglo.

—Esa es mi hermana, dijo en tono mas triste el teniente coronel.

—Dios mio! V. se engaña, se apresura á añadir el curioso, abochornado de su torpeza. No pregunto yo el nombre de esa joven alta y guapa (era delgada y seca como un esqueleto), sino de la señora con quien está hablando en este momento: V. convendrá en que su rostro es horrible.

—Entonces es mi hija.»

Qué hacer en semejante ocurrencia? excusarse de nuevo sería ridículo, y Arias escapó al compromiso, merced á su excelente buen humor, siempre el mismo, á pesar de los sinsabores de la emigracion.

—«A fé mia, caballero, exclamó soltando una carcajada, que

es imposible componérselas con V.: cuando uno es el hombre mas bello de España y las Indias, debiera estarle prohibido por las leyes divinas y humanas tener una familia tan fea.»

Medero se sonrió al oír esto, y le dió la mano para demostrarle que no se habia resentido.

Y sin embargo, el aturdido jóven habia hecho mal en burlarse de la fealdad de aquellas señoras, porque no se corrige un rostro desagradable ó un talle mal formado como un defecto ó ridículo.

EL PASTOR ASTURIANO.

A fines de enero de 1842 el jóven Antonio Bomela, natural de una aldea cercana á la ciudad de Oviedo habia salido con su rebaño de ovejas para conducirlo á ciertos parages, cuya nieve habia derretido el sol, radiante á pesar del frío. Era Antonio un muchacho de diez años y medio, de negros ojos, de andar osado, que gustaba de trabajar, y no tenia miedo: así es que aun cuando abundaban los lobos en aquellos campos, y hacia seis semanas se hablaba de varias desgracias causadas por estos animales, el jóven Bomela no los temia en manera alguna. Bien es verdad que tenia confianza en su fiel Bocaza, excelente mastín, vivo, despierto, valiente y sobre todo entendido.

Ya era la caída de la tarde, y aun se hallaba Antonio á media legua de la aldea, cuando oyó unos ahullidos terribles que al parecer salian de un bosquecillo situado á un tiro de escopeta del valiente muchacho, á cuyos ahullidos respondió Bocaza con furiosos ladridos. Antonio corre al momento hacia el bosque, llega y vé á su perro luchando contra un lobo disforme que habia derribado al pobre Bocaza, y se disponia á ahogarle. Antonio no vacila un momento; con el cayado en una mano y la navaja en la otra, embiste al lobo dándole en la cabeza; romperse el arma, pero el animal al sentirse herido abandona al perro para arrojarle sobre el chieo. Antonio le espera con el pedazo de la navaja, y en el momento en que la fiera se aproxima á él con la boca abierta, le hunde el puño con navaja y todo en el fondo de la garganta.

«¡A él, Bocaza!» grita al mismo tiempo, y el perro, aunque estropeado, se reanima, pónese de pie, cae sobre el lobo, le echa los dientes al pescuezo, consigue derribarle y le ahoga.

«¡Bien, Bocaza!» grita el niño, cuyo brazo chorreaba sangre, y olvidando el dolor de sus heridas con el placer de la victoria, desgaja una rama de un árbol, engancha en ella al

lobo por el pescuezo, y lo arrastra de esta manera, en tanto que Bocaza, cuidando del rebaño, lo guía hácia la aldea.

Entre tanto los padres de Antonio comenzaban á sobresaltarse con la tardanza de su hijo, y ya el tío Bomela se disponía á salir en su busca, cuando vió llegar á Bocaza cubierto de sangre y sin aliento.

«Dios mío! qué habrá sucedido? exclamó.

—Nada, padre; respondió Antoñillo que llegaba casi al mismo tiempo: este pícaro ladrón de ovejas quería comer carne de cristianos, y yo le he quitado la gana para siempre!... Madre, añadió enseñándola el brazo destrozado, póngame V. un trapo, y dé V. de comer á Bocaza, que se ha portado como un *hombre!*»

Al instante acudieron todos los habitantes de la aldea, y no podían dar crédito á sus ojos, al aspecto de aquel lobo disforme que el animoso niño había llevado arrastrando hasta la puerta de su casa. Era en efecto muy difícil creer que un muchacho de tan corta edad hubiese salido vencedor en semejante lucha; pero fué necesario rendirse á la evidencia de los hechos, y para que nada faltase al triunfo de Antonio, al día siguiente se fué con su padre á Oviedo para recibir la recompensa destinada al que mata un animal dañino.

El alcalde primero presentó el chico á su familia y á varias personas de distincion que le hicieron algunos regalos. En seguida dió la vuelta á su casa, y sus paisanos al verle gritaron:

«Viva Antonio Bomela!»

REMEDIO SINGULAR.

ANECDOTA COMICA.

D. Jacinto Silva, coronel de caballería, era de carácter violento y muy quisquilloso. Un día, cuando todavía era muy joven, de resultas de un fuerte acceso de cólera, se dislocó la quijada; es decir, que no solo no podía hablar ni hacer un movimiento, sino que se le quedó la boca completamente abierta, circunstancia que le hacia tan ridículo, que todos los que le veían se hubieran reído de corazón, á no temer su furia.

Llamóse inmediatamente á D. Bonifacio Santaella, el mejor cirujano de Valencia, y no tardó en llegar, encontrando al paciente muy asustado, en la creencia de que permanecería así toda su vida. El cirujano le anima, prometiéndole no dejarle hasta que esté perfectamente curado, recobrando la quijada su es-

tado natural. Dicho esto sienta al coronel en una butaca, le hace reclinar la cabeza hácia atrás, le palpa con detencion toda la parte dislocada, y despues, aprovechándose del momento en que nuestro hombre tenia fijos los ojos en otro punto, le aplica la bofetada mejor que ha dado en toda su vida.

Este ataque imprevisto saca de quicio al coronel: se levanta hecho un tigre, y quiere arrojarle contra el cirujano, que apenas tiene tiempo para ganar la puerta y ponerse en salvo.

«¿Dónde está ese pícaro, ese tunante, ese ladron? que venga, que lo voy á ahogar! Mi sable! Patricio, mi sable!.... A mí una bofetada! nadie sino yo te ha de enviar al otro mundo!»

Por mas que le hacian reflexiones, nada oía, y seguramente hubiera ahogado á Santaella, si este no hubiera tenido la precaucion de salir á escape.

Al fin, cansado de patear, calló el coronel, y entonces uno de sus asistentes le hizo comprender, aunque con trabajo, que la bofetada era el remedio de que se habia valido el cirujano para curarle supuesto que ya podia hablar como de costumbre. A esta observacion volvió en su acuerdo el coronel, se puso á mover la quijada en todos sentidos, y viéndose sano, se aplacó de repente, diciendo con sonrisa á cuantos le rodeaban:

—«¿Ese maldito no podia pegar mas suavemente?

—No, porque se exponia á errar el golpe, y tener que empezar de nuevo; valia mas acabar de una vez.

—Corriente; pero ¿dónde diablos se ha metido ese hombre?

—Ha tomado las de Villadiego, porque estaba V. S. tan furioso, que ya se creyó muerto.

—A fé mia que ha hecho bien; si lo atrapo vá á contarla al infierno; pero hacedle venir.»

Fueron en busca del facultativo, quien estaba mas muerto que vivo, costando mas trabajo animarle que el que habia sido necesario emplear para calmar al coronel. Al fin llega lleno de miedo, y Silva le dice:

—Con que me ha temido V.?

—Y habia motivo para ello! estaba V. hecho un leon.

—No podia V. curarme sin descargar sobre mi rostro una terrible bofetada? Estoy muy poco acostumbrado á sufrir semejante remedio.

—Yo no lo miraba como un bofeton, sino como si aplicara un vejigatorio, ó tuviese que sangrar. Si el mal hubiera estado en la rodilla, en ella hubiera dado el golpe; estaba en la quijada, y tenia que dar en la mejilla.

—Tiene V. razon; toque V. esos cinco, y no hablemos mas de la ocurrencia.»

Diéronse la mano, y abofeteador y abofeteado se separaron como los mejores amigos del mundo.